

sinistra. Con el descaro del hombre que va á perpetrar públicamente un crimen, rompió en amargas quejas de que se les tuviese así semanas y meses enteros, sujetos á parecer, y acusó al Almirante de que no querran volver á España. Colon mantuvo su acostumbrada calma, é incorporándose en la cama, quiso racionar con Porras. Le manifestó la imposibilidad de partir hasta que de Española les enviase bajeles. Le hizo ver cuánto mayor debía ser su deseo de salir de allí pues no estaba obligado solo á mirar por su propia seguridad personal, sino que tenía que responder á Dios y á sus soberanos de la suerte de todos los que le estaban confiados. Recordó á Porras, que siempre había consultado con todas sus gentes cuantas medidas tenían por objeto la seguridad comun, y que todas sus operaciones habían merecido la aprobación general; pero si algo quedaba por hacer, si cualquiera otra providencia parecía conveniente, aconsejó que se juntasen los interesados, y adoptasen lo que creyesen mas juicioso.

Por las medidas de Porras y sus compañeros su habian ya concertado, y los hombres resueltos á amotinarse son sordos á la razon. Replicó Porras groseramente, que no habia ya tiempo para mas consultas: *embarcarse inmediatamente, ó quedarse con Dios, eran las solas alternativas. Por mi parte*, dijo volviendo al Almirante la espalda, y levantando la voz de modo que resonase por todo el buque, *¡yo estoy por Castilla! los que quieran pueden seguirme*. Inmediatamente se oyó gritar por todas partes: *¡Yo os sigo! ¡y yo! ¡y yo!* Muchos marineros se presentaron en el buque blandiendo armas y mezclando las amenazas con los gritos de rebelion. Unos pedian á Porras órdenes de lo que habian de hacer otros gritaban *¡A Castilla! ¡a Castilla!* mientras en el general tumulto se oyeron las voces de algunos desesperados amenazar la vida del Almirante.

Colon oyendo la gritería, saltó de su lecho, enfermo é impedido cual estaba, y vacilando hasta salir del camarote, y tropezando y cayendo en aquel esfuerzo, esperaba apaciguar los amotinados con su presencia. Pero tres ó cuatro hombres fieles, temiendo alguna violencia, se arrojaron entre él y la chusma, le tomaron en brazos y le obligaron á volver al camarote.

El Adelantado tambien habia salido, pero de diferente modo. Se habia situado, con una lanza en la mano, en posición en que podia resirtir solo el asalto. Algunos de los leales apaciguaron con la mayor dificultad su furia, y le persuadieron á dejar su arma y pasar al camarote de su hermano. Despues suplicaron los mismos á Porras y sus compañeros partiesen en paz, pues nadie se les oponia. Nada esperaban ganar con la violencia; pero si causaran la muerte del Almirante, se atraerian el mas severo castigo de los soberanos.

Moderada la turbulencia de los facciosos, procedieron estos desde luego á la ejecucion de sus planes. Apoderándose de diez canoas que habia comprado el Almirante á los indios, se embarcaron en ellas con tanta alegría como si estuviesen ciertos de desembarcar poco despues en las costas de España. Otros, que no habian tenido parte en el motin; viendo despedirse á tanta gente, y temerosos de quedarse en tierra con tan poca, reunieron precipitadamente sus efectos, y entraron tambien en las canoas. Cuarenta y ocho hombres abandonaron al Almirante. Las enfermedades detuvieron á muchos de los que quedaban; pero que si hubiesen estado buenos, los mas se hubieran ido con los desertores. Los pocos que permanecieron fieles al Almirante, y los enfermos que salieron arastrándose de sus camarotes, vieron la partida de los rebeldes con lágrimas y lamentos, considerándose ya perdidos. A pesar de su enfermedad, salió Colon de la cama, habló á los leales, visitó á los enfermos,

hizo toda clase de esfuerzos para consolarlos. Les pidió pusiesen en Dios confianza, que él los aliviaria; y les prometió á su vuelta á España arrojarle á los pies de la reina, y obtener para ellos premios que compesaran todos sus padecimientos.

Entre tanto Francisco de Porras y sus compañeros salieron en la escuadra de canoas que habian formado, y costeando la isla hacia el Oriente, siguieron el derrotero de Mendez y Fiesco. Donde quiera que desembarcaban cometian las mayores injusticias y ultrajes contra los indios, robándolos sus provisiones y los efectos que apetecian. Quisieron que redundasen sus crímenes en perjuicio de Colon, pretendiendo obrar por su autoridad, y asegurando que él pagaria lo que ellos tomaban: si rehusaba hacerlo, aconsejaban á los naturales que le matasen. Le pintaban implacable enemigo de los indios, tirano de las otras islas, á cuyos habitantes habia reducido á la miseria y dado la muerte, y que buscaba solo adquirir allí poderío para causar calamidades semejantes.

Habiendo llegado á la extremidad oriental de la isla, esperaron á que se calmase el tiempo antes de entrar en el golfo. Como no eran diestros en el manejo de las canoas, buscaron indios que los acompañasen. La mar se sosegó al fin, y comenzaron su viaje. Apenas estarian á cuatro leguas de tierra, se levantó un viento contrario, y empezaron á agitarse las ondas. Las canoas por su ligera estructura, y ser las quillas casi redondas, se volcaban fácilmente y exigian cuidadoso manejo y equilibrio. Iban entonces demasiado cargadas y por gente que no sabia usarlas; y al levantarse las ondas, frecuentemente entraba el agua en ellas. Temieron los españoles, y quisieron aligerarlas arrojando al mar cuanto no era absolutamente necesario; solo conservaron, pues, las armas y parte de las provisiones. El peligro aumentaba con el viento. Forzaron á arrojarle al agua á todos los indios que no iban ocupados remando. Si vacilaban los hacian obedecer con el filo de las espadas. Eran los indios diestros nadadores, pero estaba la tierra demasiado lejos para su fuerza. Se mantenian, pues, cerca de las canoas, agarrándose alguna vez á ellas para descansar y tomar aliento. Como su peso desarreglaba el equilibrio de las canoas, y las ponía en peligro, les cortaban los españoles las manos, y los herian con las espadas. Algunos murieron de este modo; otros se sumergian desfallecidos debajo de las ondas. así finaron miserablemente diez y ocho, y no sobrevivieron mas que los remeros de las canoas.

Cuando volvieron los españoles á tierra se agitaron entre ellos varias opiniones. Algunos eran de dictamen de cruzar á Cuba, para cuya isla habia viento favorable. De allí pensaban les fuese fácil pasar á la extremidad de Española. Otros aconsejaron volver al puerto y hacer las paces con el Almirante, ó quitarle las armas y víveres que le quedaban, habiéndole arrojado al mar los suyos en el pasado peligro. Otros aconsejaron intentar de nuevo el viaje de Española, cuando el mar se tranquilizase.

Se adoptó el último parecer. Un mes permanecieron en una poblacion india, cerca del extremo oriental de la isla, viviendo de la sustancia de los naturales, y tratándolos del modo mas arbitrario. Cuando al fin se serenó el tiempo, acometieron segunda vez su empresa pero tambien fueron rechazados por vientos contrarios. Perdiendo ya la paciencia, y desesperando de lograr su deseo, abandonaron las canoas, y volvieron hacia el Occidente, vagando de poblacion en poblacion, disoluta y feroz gavilla que vivia por medios licitos ó criminales, segun era recibida, y pasó como una plaga por la isla.

CAPITULO III.

ESCASEZ DE PROVISIONES. — EXTRATAGEMA DE COLON PARA OBTENER VÍVERES DE LOS NATURALES.

(1504.)

MIENTRAS erraban Porras y su chusma con aquel desesperado y triste desenfreno, consiguiendo al abandono de los justos principios, presentaba Colon la opuesta pintura de un hombre sustentado por la rectitud de su conciencia, y por su lealtad hacia los otros y hacia sí mismo. Cuando vió partir la gavilla que se llevaba consigo la porcion vigorosa y sana de su gente, se esforzó en animar á los enfermos y decaídos de espíritu que con él quedaban. Pocos de ellos podian manejar las armas en caso de un ataque, y ninguno dispensarse del cuidado de los enfermos y guardia de los buques, para salir en busca de provisiones. Desentendiéndose de sus agudas enfermedades, se ocupaba solamente de las de los otros. Por medio de una invariable buena fé y amistosa conducta hacia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, se procuró de cuando en cuando considerables cantidades de víveres. Los mas apetitosos y nutritivos de estos, como tambien alguna poca de galleta europea que aun habia á bordo, los reservó para la manutencion de los enfermos. Sabiendo cuánto afectan al cuerpo las operaciones del ánimo, se ocupaba en estimular el espíritu y alimentar las esperanzas de los abatidos pacientes. Ocultando, pues, su propia ansiedad, mantenía un semblante sereno, animando á su gente con palabras bondadosas, é infundiéndoles esperanzas de pronto socorro. Con este trato atento y amistoso restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de poder contribuir á la seguridad comun. Reglamentos juiciosos, pacífica pero firmemente mantenidos, conservaron todas las cosas en orden. Todos comprendieron las ventajas de una saludable disciplina, y que las restricciones que su comandante les imponía eran para su propio bien.

Así logró Colon prevenir los males internos que amagaban á su pequeña comunidad, cuando males gravísimos empezaron á amenazar del exterior. Como los indios no estaban acostumbrados á acopiar provisiones, y eran enemigos de sujetarse á ningún trabajo extraordinario, hallaron difícil la provision del alimento diario que tantos hombres hambrientos requerian. Los dijes europeos, una vez tan preciosos, perdian su valor á proporción que se hacian mas comunes. La importancia del Almirante disminuyó mucho á sus ojos por la desercion de tantos españoles; y las insinuaciones malignas de los rebeldes habian encendido contra él los celos y enemistad de varias poblaciones que acostumbraban á suministrarle víveres.

Empezaron, pues, á faltar las provisiones. Los contratos concluidos por Diego Mendez para la entrega diaria de ciertas cantidades de ellas, no se observaban ya con regularidad, y al fin cesaron del todo. Ya no se llenaba el puerto de indios cargados de provisiones, y con frecuencia rehusaban darlas cuando se les pedian. Forrageaban los españoles por las cercanías en busca de sustento; pero cada vez hallaban mayor dificultad en encontrarlo.

Oía el Almirante los tristes presagios de su gente, y veía acrecentarse el mal sin percibir ningún remedio. La fuerza era un medio lleno de peligros y de pasagera eficacia. Se necesitarian para una salida todos los que estaban suficientemente robustos para tomar las armas, y él y los otros enfermos se quedarían sin defensa á bordo, expuestos á la veaganza de los naturales.

Entre tanto se aumentaba la escasez, conocieron los indios la necesidad de los blancos, y habian aprendido de ellos el arte de regatear. Pedian el décuplo de los efectos europeos que anteriormente exigian; y traían

las provisiones en muy cortas cantidades para excitar el deseo de los hambrientos españoles. Al fin cesó hasta este corto alivio, y empezaron los desastres de una hambre absoluta. Parece que Porras y su gente habian encendido por toda la isla la enemistad de los indios, que retenian sus provisiones, con la esperanza de hacer perecer de necesidad al Almirante y su gente, ó de hacerlos salir de la isla.

En este estado concibió repentinamente Colon una idea afortunada. Con sus muchos conocimientos astronómicos calculó que en tres dias habria un eclipse total de luna en la primera parte de la noche. Envió, pues, un indio de Española que le servia de intérprete á llamar á los principales caciques de la isla á una grande conferencia, señalando para ella el dia del eclipse. Cuando estaban todos juntos les dijo por medio de su intérprete, que él y sus compañeros eran adoradores de una deidad que vivía en los cielos. Que esta deidad favorecia á los que obraban bien, pero castigaba á todos los pecadores. Que como ellos podian todos haber visto, habia protegido el verdadero Dios en su viaje á los que fueron con Diego Mendez, porque iban en obediencia de las órdenes de su gefe; pero que por otro lado habia herido á Porras y sus compañeros con toda clase de aflicciones, á consecuencia de su rebelion. Que esta grande deidad estaba indignada contra los indios que habian rehusado ó descuidaban proveer á sus fieles adoradores de comestibles, y queria por lo tanto castigarlos con hambre y pestilencia. Para que creyesen aquel aviso, se daría aquella misma noche una señal en los cielos. La luna mudaría de color y perdería su luz, anunciando el espantoso castigo que les esperaba.

Muchos indios quedaron amedrantados á la solemnidad de esta prediccion; otros se burlaron de ella; todos empero, aguardaban solícitos la venida de la noche. Cuando vieron, en efecto, que una sombra oscura se derramaba por la luna, empezaron á temblar. Creció el terror con los progresos del eclipse, y al ver las tinieblas misteriosas que cubrieron la faz de la naturaleza, no tuvo límites su espanto. Se apoderaron de las provisiones que pudieron, apresurándose en entregarlas á los buques en medio de gritos y lamentaciones. Se arrojaron á los pies de Colon, implorando de él intercediese con Dios para que suspendiera sus iras, y asegurándole que en lo sucesivo le darian cuanto se les pidiese. Colon les contestó que se retiraría á comunicar con la deidad. Se encerró en su camarote, y permaneció en él durante el aumento del eclipse, mientras las selvas y playas resonaban con los alharidos y súplicas de los salvajes. Cuando iba el eclipse á disminuir, se presentó de nuevo á los indios, y les dijo que habia intercedido por ellos con su Dios; quien bajo condicion de que cumpliesen sus promesas se habia dignado perdonarlos; en señal de lo cual se disiparian las tinieblas de la luna.

Cuando vieron los indios recobrar aquel planeta su brillantez primitiva, llenaron al Almirante de agradecimiento por su intercesion, y volvieron á sus casas gozosos de haberse conjurado tan grandes desastres. Miraron á Colon desde entonces con temor y reverencia, como hombre que gozaba del favor y confianza particular de la divinidad, pues que sabia en la tierra lo que habia de pasar en los cielos. Quisieron entonces hacérselo propicio con dones; de nuevo empezaron á abundar los víveres en el puerto, no hubo en lo sucesivo falta de provisiones.

CAPITULO IV.

MISION DE DIEGO DE ESCOBAR AL ALMIRANTE.

(1504.)

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Mendez y Fiesco, y aun no se tenian noticias de ellos. Por mucho tiempo habian observado los españoles el

Océano, lisonjeándose de que cada canoa india que veían bogar desde lejos podía ser mensajera de su libertad. Pero las esperanzas de los más confiados se iban ya trocando en abatimiento. ¡Cuántos millares de peligros rodeaban tan frágiles barcas y tan débiles tripulaciones en una expedición semejante! O se habrían sumergido las canoas combatidas por tumultuosas ondas y adversas corrientes, ó perecido sus tripulaciones entre las fragosas montañas y tribus salvajes de Española. Para aumentar su abatimiento supieron que se había visto un bajel naufrago flotar con la quilla hacia arriba por las costas de Jamáica. Tal vez podía ser aquel el buque enviado á su socorro; en este caso habían fracasado con él todas las esperanzas. Se dice que inventaron los rebeldes este rumor y lo hicieron circular por la isla, para que llegase á oídos de los que permanecían fieles al Almirante, y los redujese á la desesperación. Sin duda tuvo su efecto. Sin esperar ya lejana ayuda, y considerándose ya olvidados y abandonados del mundo, muchos concibieron planes desesperados y frenéticos. Formó otra conspiración un tal Bernardo, boticario de Valencia, con dos confederados, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro. Quisieron imitar el desiguijo de Porras, apoderarse de las canoas que quedaban, y abrirse camino hasta Española.

Iba á estallar el motin, cuando una tarde, ya atascurecer, se vió una vela acercarse al puerto. El gozo de los pobres españoles puede más fácilmente concebirse que pintarse. Era el bajel pequeño, y se mantuvo distante, enviando á los naufragos su bote. En él se clavaron todos los ojos, deseosos de ver el semblante de cristianos y libertadores. Al acercarse, conocieron que venía en él Diego de Escobar, uno de los más activos cómplices de Roldán en su rebelión, condenado á muerte bajo la administración del Almirante, y perdonado por su sucesor Bobadilla. Era omífono semejante mensajero.

Acercándose á un lado de los buques, puso Escobar á bordo una carta de Ovando, gobernador de Española, y un barril de vino y un pernil de puerco, que venían de regalo al Almirante. Se desvió despues de los buques, y habló á Colon desde lejos. Le dijo que le enviaba el gobernador para espresar la mucha parte que tomaba en sus infortunios, y su sentimiento de no tener en el puerto un bajel de bastante porte para conducirle á él y á su gente; pero que le enviaria uno tan pronto como le fuese posible. Escobar aseguró también al Almirante que sus negocios en Española eran fielmente atendidos. Le pidió despues, que si tenia alguna carta que darle, en respuesta á la del gobernador, lo hiciese cuanto antes, pues deseaba partir sin demora.

Era esta mision singular; pero no habia tiempo para comentarios. Escobar estaba resuelto á partir en seguida. Colon se apresuró, pues, á contestar á Ovando en términos amistosos, pintándole los peligros y desastres de su situacion, aumentados por el motin de Porras, pero espresando su confianza en la promesa de socorro que Ovando le hacia. Recomendaba á su favor á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco, asegurándole que no habian ido á Santo Domingo con ningun desiguijo artificioso, sino sencillamente á esponer la peligrosa situacion en que estaba, y á pedir auxilio. Cuando Escobar recibió esta carta, volvió inmediatamente á bordo de su bajel, hizo fuerza de vela, y pronto desapareció en la oscuridad de la noche.

Los españoles habian saludado con gozo el arribo de aquel buque, pero su partida súbita, y la misteriosa conducta de Escobar, les consternaron. Habia huido de ellos, como si no se interesase en la fortuna de tantos compatriotas, ni compadeciese sus desgracias. Colon vió el nublado que velaba sus semblantes, y temió las consecuencias. Se esforzó ar-

dientemente por lo tanto en disipar sus sospechas, manifestándose satisfecho de la correspondencia de Ovando, y asegurándoles que pronto llegarían bajeles que los sacasen á todos. En esta confianza; dijo, habia rehusado partir con Escobar por ser el buque demasiado pequeño para llevarlos á todos, y preferible en su sentir quedarse con ellos y seguir su suerte, y habia hecho volver tan rápidamente la carabela para que no se perdiese tiempo en la expedición de los buques necesarios. Estas seguridades, y la certeza de que se sabia su situacion en Santo Domingo; alegraron los ánimos de la gente. Revivieron sus esperanzas, y la conspiración que iba á estallar quedó del todo desconcertada.

En secreto, empero, se hallaba Colon indignadísimo. Le habia Ovando abandonado por muchos meses al más eminente peligro, á la incertidumbre más cruel, espuesto á las hostilidades de los indios, á las sediciones de su gente y á los efectos de su propia desesperación. Al fin le habia enviado un mero mensaje por un hombre conocido como mortal enemigo suyo, con un regalo de víveres, que por su escasez parecia hecho con el desiguijo de escarnecer la necesidad en que se hallaban él y sus compañeros.

Creia Colon que Ovando le habia abandonado de intento, prometiéndose que pereceria en la isla; pues si volviese salvo de ella, podría recobrar el gobierno de Española, y consideraba á Escobar como un mero espía, enviado por el gobernador para averiguar si existian aun él y sus gentes, y el estado en que estaban. Las Casas, que se hallaba entonces en Santo Domingo, espresa las mismas sospechas. Dice que fue Escobar elegido para aquella mision, por estar Ovando cierto de que á causa de su antigua enemistad no tendria simpatía por el Almirante. Que se le habia mandado no fuese á bordo de los buques; ni á tierra, ni tuviese comunicacion con ningun español, ni recibiese carta alguna, excepto las del Almirante.

Otros han atribuido la dilatada negligencia de Ovando á una cautela extrema. Prevalcía un rumor de que el Almirante, irritado con la suspensión de sus dignidades y honores por la corte de España, intentaba trasferir sus recien descubiertos países á su nativa república genovesa ó á algun otro poder. Habian ya corrido semejantes rumores muchas veces, y á su reciente circulacion alude Colon mismo en la carta que por Diego Mendez envió á los soberanos. La más plausible apología que se encuentra, es que Ovando pasó en el interior muchos meses ocupado en guerras contra los indios, y que no habia bajeles de suficiente capacidad en el puerto para conducirle á él y á sus tripulaciones á España. Pudo quizá haber temido que si residian por mucho tiempo en la isla, intervendria tal vez el Almirante en los negocios públicos, ó formaria algun partido en su favor, ó que á consecuencia del número de enconados enemigos suyos que allí residian, reviviesen las antiguas escenas de facción y turbulencia. Entre tanto la situacion del Almirante en Jamáica, mientras le tenia del todo sujeto hasta que llegasen bajeles de España, pudo haber pensado que no era peligrosa. Tenia fuerzas y armas bastantes para defenderse, y habia hecho amistosos tratos con los naturales para alcanzar provisiones, segun Diego Mendez, ejecutor de aquellos pactos, le habria sin duda dicho. Tales pudieron ser las razones con que Ovando, bajo la influencia de sus intereses particulares, reconcilió acaso su conciencia con una medida que escitó la amarga reprobacion de sus contemporáneos, y le ha atraído las sospechas de la posteridad.

CAPITULO V.

VIAJE DE DIEGO MENDEZ Y BARTOLOMÉ FIESCO EN UNA CANOA A ESPAÑOLA.

(1504.)

DEBEMOS dar alguna noticia de la mision de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y de las circunstancias que les impidieron volver á Jamáica. Cuando se despidieron del Adelantado al oriente de la isla, continuaron todo el dia en rumbo directo, animado á los remeros indios, que frecuentemente se abatían. No habia viento, ni una nube en el aire, la mar estaba en calma perfecta, y el calor era por consiguiente intolerable. No podian guarecerse del sol, cuyos rayos abrasadores reflejaba la superficie del Océano, y parecia que en efecto les quemaban hasta los ojos. Los indios, desfallecidos por el calor y el trabajo, solian arrojar al agua; y despues de refrescarse en ella algunos minutos, volvian con más vigor á sus remos ó canaletes. Al trasmontar del sol, perdieron vista de tierra. Durante la noche, se relevaban los indios; la mitad de ellos bogando, mientras dormia la otra. Los españoles dividieron también sus fuerzas, mientras reposaban unos, vigilaban los otros con las armas en la mano, prontos á defenderse, en caso de que quisiesen cometer alguna perfidia sus salvajes compañeros.

Velando y trabajando así toda la noche, se hallaron unos y otros excesivamente cansados al volver el dia. Nada descubrieron al rededor suyo, más que la mar y el cielo. Sus frágiles canoas, acompañando la elevacion y descenso de las ondas, apenas parecían capaces de sostener las dilatadas ondulaciones de una calma; ¿cómo podrian, pues, flotar entre las encrespadas olas si el viento se levantase? Los comandantes apuraron sus esfuerzos para sostener el decaído ánimo de sus gentes. A veces les permitian algun descanso; otras tomaban los canaletes y participaban de su trabajo. Durante el bochornoso dia y noche anterior, habian los fatigados indios apurado toda el agua, y empezaron á sufrir los tormentos de la sed. No se levantaba la más ligera brisa que agitase el aire ni templase los ardientes rayos de un sol equinocial. Irritaba sus padecimientos la perspectiva que al rededor tenian: nada más que agua, y estaban pereciendo de sed. Al medio dia ya se hallaban rendidos y no pudieron trabajar más. Por fortuna, los comandantes de las canoas hallaron, ó pretendieron hallar entonces dos pequeñas barricas de agua, que quizás habian reservado secretamente para tal extremidad. Administrando el precioso licor de cuando en cuando en cortas porciones, lograron fortalecer á los indios para que siguieran su trabajo. Los animaban también con la esperanza de llegar pronto á una isleta llamada Navasa, que estaba precisamente en su camino, y solo á ocho leguas de Española. Allí podrian apagar su sed y descansar.

Todo el resto del dia continuaron bogando avante, y viendo si descubrian la isla. Pasó el dia, se ocultó el sol, pero no se divisaron signos de tierra, ni aun una nube en el horizonte que pudiera halagarlos con falsas esperanzas. Segun sus cálculos habian ciertamente navegado la distancia que media entre Jamáica y Navasa. Empezaron á temer haberse separado de su curso. En este caso ya no verian la isla, y morirían de sed, antes de llegar á Española.

Cerró la noche sin que hubiesen visto indicio alguno de la isla. Desesperaron, pues, de poder tocar á ella; porque era tan baja y reducida que aun cuando pasasen cerca apenas podrian verla en la oscuridad. Uno de los indios murió bajo los acumulados padecimientos de trabajo, calor y sed rabiosa. Su cuerpo se arrojó al mar. Otros yacian jadeando tendidos en las canoas: Sus compañeros, abatidos de espirtu y faltos de fuerzas, continuaban apenas el trabajo.

A veces querian refrescarse las fauces con agua de mar; lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando. La noche iba ya muy entrada, más no habian podido aun dormir los que estaban de descanso, á causa de la intensidad de su sed; ó si dormían era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar en redoblado tormento. La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios; pero solo habia servido para irritar sus sufrimientos. Apenas podian mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á Española.

Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entonces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperación; pero también empezó ya á decaer su ánimo. Estaba Diego Mendez sentado observando el horizonte que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que preceden á la luna. Al safir aquel planeta, vió que se destacaba de detras de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de tierra. Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida. Era la tierra la isla de Navasa; pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla. El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni haber una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones. Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios. Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia. No habia en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna. Pero su ansia les hizo hallar abundancia de agua dejada por las lluvias en los huecos de las rocas. La arreñaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con immoderado afán. En vano los más prudentes recordaban á los otros su peligro. Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia. Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

Apagada la sed, buscaron alimento. Se encontró en efecto algun marisco por las costas. Encendió fuego Diego Mendez, juntando algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traía, pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete. Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica. Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad los indios. Tales son los pormenores de este aventurado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros. Los viajeros permanecieron dos dias descansando con los indios en las márgenes del rio. Fiesco hubieravuelto á Jamáica segun su promesa, para asegurar al Almirante la llegada del mensaje; pero españoles é indios habian sufrido tanto durante el viaje; que nada pudo inducirlos á acometer de nuevo tantos riesgos y fatigas como eran necesarios para volver en las canoas.

Separándose de sus compañeros, tomó Diego Mendez seis indios de la isla, y partió intrépidamente á costear en su canoa ciento y treinta leguas que Santo Domingo distaba. Despues de navegar ochenta leguas con infinito trabajo, siempre contra las corrientes, y sujeto á la hostilidad de las tribus indias, supo que había partido el gobernador para Jaragua, á cincuenta leguas de allí. Invencible é impávido en medio de los trabajos y las dificultades, abandonó su canoa, y pasando á pie y solo, bosques valles y montañas, llegó á Jaragua, despues de haber dado cima á una de las mas arriesgadas y gloriosas expediciones que jamás hombre alguno ha emprendido.

Ovando le recibió con grande afabilidad, manifestando el mayor interés y simpatía en la desgraciada situación del Almirante. Hizo mil promesas de enviar inmediato socorro; pero dejaba pasar uno y otro día, una y otra semana, y aun uno y otro mes sin llevar á efecto sus promesas. Estaba entonces enteramente ocupado con las guerras indias, y tenía siempre pronta la excusa de que no había bajeles de suficiente capacidad en Santo Domingo. Pero si hubiera sentido el interés que debía por la seguridad de un hombre como Colon, le hubiera sido fácil en ocho meses imaginar algun medio, si no para sacarlo de su situación, para enviarle á lo menos socorros y refuerzos.

El fiel Mendez permaneció siete meses en Jaragua, detenido bajo varios pretextos por Ovando, que no quería permitirle pasar á Santo Domingo; en parte, como se insinúa, porque sospechaba que trajese Mendez alguna agencia secreta del Almirante, y en parte deseando poner impedimentos al logro del pedido auxilio. Al fin, con importunidad diaria obtuvo permiso para ir á Santo Domingo, y esperar el arribo de ciertos bajeles que se estaban aguardando, de los que había determinado comprar uno por cuenta del Almirante. Inmediatamente salió á pie á ejecutar un viaje de setenta leguas, en medio de bosques y montañas infestadas de exasperados indios. Despues de su partida despachó Ovando la carabela que mandaba Escobar para aquella singular y equívoca visita, que, a los ojos de Colon, tenía la apariencia de un mero espionaje en el campo de un enemigo.

CAPITULO VI.

NEGOCIACIONES DE COLON CON LOS REBELDES.—BATALLA DEL ADELANTADO CON PORRAS Y SUS COMPAÑEROS. (1503.)

CUANDO hubo Colon tranquilizado á sus gentes afectadas por la breve visita y partida repentina del bajel de Escobar, quiso aprovecharse de aquel suceso respecto á los rebeldes. Sabía que estaban desanimados, que muchos deseaban entrar de nuevo en la senda del deber, y que los mas perversos viendo como había burlado todas sus intrigas entre los indios para producir el hambre, empezaron á temer su triunfo, y consiguiente venganza. Creyó, pues, Colon llegada una ocasion favorable para aprovecharse de esos sentimientos, y por medios suaves atraerse á los rebeldes. Envió dos emisarios, dos de los que mas intimidad tenían con los rebeldes, á informarlos de la reciente llegada de un buque con cartas del gobernador de Española, prometiendo sacarlos sin tardanza de la isla. Les ofrecía perdon, buen trato y pasaje con él en los esperados buques, bajo condicion de que inmediatamente se sometiesen. Para convencerlos de la llegada del buque les envió parte del tocino que le dió Escobar.

Al acercarse los emisarios, salió á su encuentro Francisco de Porras, acompañado de alguno de los cabecillas. Adivinando que venian con proposiciones del Almirante, temía que fuesen oídos por su gente, dispuerta á desertarse á la menor perspectiva de perdon.

Conocidas las proposiciones de los mensajeros. Porras y sus favoritos consultaron juntos por algun tiempo. Pérfidos por naturaleza, dudaron de la sinceridad del Almisante; y convencidos de la extension de sus propios crímenes, no podian creer en la magnanimidad de perdonarlos. Determinaron, pues, no confiar en la ofrecida amnistia. Respondieron á los mensajeros, que no deseaban volver á los buques, prefiriendo vivir libres por la isla. Pero ofrecieron conducirse pacíficamente si les prometia el Almirante que en caso de llegar dos buques á la isla, les daría á ellos uno para el viaje; en caso de llegar uno solo, la mitad se pondría á su servicio; y que ademas partiese con ellos el Almirante las provisiones y artículos de tráfico indio que quedaban en los buques, por haber ellos arrojado al mar todo lo que poseian. Cuando se les dijo que eran tales condiciones inadmisibles, replicaron con altanería, que si no se aceptaban de grado, ellos las impondrían á la fuerza; y con esta amenaza despidieron á los emisarios.

No pudo conducirse la conferencia tan secretamente que no penetrasen todos los rebeldes el objeto de la mision; y el ofrecimiento de perdonarios y sacarlos de la isla que les hacia el Almirante, causó entre ellos las mayores controversias. Porras, temiendo una desercion, se valió de las mas desesperadas falsedades para alucinar á los suyos. Les dijo que eran engañosos los ofrecimientos del Almirante, quien solo deseaba apoderarse de ellos para satisfacer su venganza. Los exhortó á seguir oponiéndose á su tiranía, recordándoles que los que antes lo hicieron en Española, habían al fin triunfado; les aseguró que ellos podrian lograr igual éxito, y se jactó de nuevo de la influencia que en España gozaba por la proteccion de sus parientes. Llenó de supersticion los ánimos con respecto á la carabela de Escobar, lo que manifiesta la ignorancia de aquel siglo, y el pavor supersticioso con que miraba á Colon la gente ordinaria, á causa de sus conocimientos astronómicos. Aseguró Porras no haber llegado barco alguno verdadero, sino una mera fantasma, evocada por el Almirante; en virtud de su ciencia nigromántica. En prueba de lo fundado de sus conjeturas, habló de su legada casi envuelta en las tinieblas de la noche; de la particularidad de haber tenido comunicacion única y exclusivamente con el Almirante, y de su desaparicion repentina. Si hubiese sido una carabela real y palpable, los marineros hubieran querido hablar con sus paisanos; el Almirante, su hijo y su hermano hubieran al punto pasado á bordo; y de todos modos habría permanecido algun tiempo en el puerto, sin desaparecer tan súbita y misteriosamente.

Así pudo Porras abusar de la credulidad de sus gentes, aunque temiendo que cediesen á una reflexion mas detenida, y á los ofrecimientos que podria hacerles el Almirante, determinó envolverlos en algun acto de violencia que disipase toda esperanza de perdon. Marchó á una poblacion india llamada Maíma, donde despues se edificó la ciudad de Sevilla, que distaba un cuarto de legua de los buques. Se dice que era su intencion saquear lo que quedaba á bordo de los bajeles, y hacer prisionero al Almirante.

Colon tuvo conocimiento del designio de los rebeldes. Hallándose en cama, afligido de sus enfermedades, les envió á su hermano para que con palabras suaves les disuadiese de su propósito, atrayéndolos á sus deberes; pero so lo envió con fuerza bastante para resistir cualquier acto violento. El Adelantado, hombre de hechos, llevó consigo cincuenta hombres, muchos de ellos de acreditada resolucion. Iban bien armados y muy animosos, aunque muchos de ellos debilitados por las enfermedades y larga permanencia en los buques. Al llegar á la falda de una colina, á tiro de ballesta de la poblacion, descubrió el Adelantado á los rebeldes y les envió los mismos mensajeros

que previamente les habían llevado la oferta del perdon. Pero Porras y los otros cabecillas no les permitieron acercarse. Confiaban en la superioridad de su número, y en que se componia su hueste de recios marineros, y vigorizados con la vida vaga que llevaban por las selvas. Sabían que muchos de los que acompañaban al Adelantado eran hidalgos, habitados á una vida mas suave. No reflexionaron que el orgullo y elevacion de ánimo suple y aun aventaja á la fuerza física, y que sus adversarios tenían la incalculable ventaja de pelear al lado de la justicia y de la ley. Alucinados con aquellas palabras se encendió en los rebeldes una pasagera llama de valor, y blandiendo las armas rehusaron escuchar á los mensajeros.

Seis de los mas fuertes rebeldes formaron un grupo para defenderse mutuamente y atacar juntos al Adelantado. El cuerpo principal de Porras formó en columna; y desnudando todos las espadas y blandiendo las lanzas, sin esperar á ser acometidos se precipitaron con gritos y amenazas contra el enemigo. Pero se les recibió tan bien que murieron cuatro ó cinco rebeldes al primer encuentro, perteneciendo los mas al grupo destinado á luchar personalmente contra el Adelantado. Este con su propia mano dió muerte á Juan Sanchez, el forzudo piloto que se llevó al cacique Quibian; y también á Juan Barber, el primero que en esta rebelion desnudó la espada contra el Almirante. Estaba el Adelantado combatiendo en lo mas cerrado de la batalla, cuando le acometió Francisco de Porras. El rebelde cortó de un tajo de su espada la rodela del Adelantado, é hirió la mano que la empuñaba; pero se le quedó acuñada la hoja en el escudo, y antes que Porras pudiera sacarla, había cerrado con él el Adelantado, y con ayuda de otros, despues de una larga lucha, pudo hacerlo prisionero.

Cuando vieron los rebeldes cautivo á su gefe, huyeron despavoridos.

Los indios se habían formado en batalla mirando con asombro la pelea entre los blancos, pero sin tomar parte en ella. Acabada la accion se acercaron al campo á ver los cadáveres de aquella gente que una vez habían considerado inmortal. Contemplaban con curiosidad las heridas de las armas cristianas. Entre los insurgentes heridos se hallaba Pedro de Ledesma, el mismo piloto que tan bizarramente fue nadando á Veragua á procurar noticias de la colonia. Era hombre de prodigiosa fuerza muscular, y tenía una voz ronca y profunda. Cuando los indios, que le creían muerto, se hallaban mas descuidados inspeccionando las heridas de que estaba cubierto, exhaló repentinamente un gemido estertoroso con su voz tremenda, que hizo huir aterrados á los salvajes. Habiendo caído en una grieta ó abertura, no le descubrieron los blancos hasta el amanecer del otro día, y pasó todo aquel tiempo sin una gota de agua. El número y la naturaleza de las heridas que tenía, parece increíble. Por falta de recursos se trataron aquellas heridas con la mayor aspereza; sin embargo, gracias á su constitucion vigorosísima, sanó completamente. Las-Casas le habló algunos años despues en Sevilla, donde supo por él varios pormenores de este viaje de Colon. Pero pocos dias despues de esta conferencia, oyó decir que había perecido victima del puñal de un asesino.

Despues de su victoria volvió el Adelantado á los buques; donde le recibió el Almirante del modo mas afectuoso, tratándolo como á su libertador. Condujo presos á Porras, y varios de sus compañeros. De su gente solo había dos heridos; él mismo en la mano, y el mayordomo del Almirante que recibió una herida de lanza, al parecer insignificante, y no obstante murió de ella.

Al otro día, 20 de mayo, enviaron los fugitivos un memorial al Almirante, firmado por todos ellos; en el cual, dice Las-Casas, confesaban sus crímenes, mal-

dades y dañadas intenciones, suplicando al Almirante tuviese misericordia, y les perdonase, aquella rebelion, por la cual Dios ya los había castigado. Ofrecieron volver á su obediencia, y servirle fielmente en lo futuro, jurando cumplirlo así sobre la cruz y el misal, y acompañando una imprecacion digna de recuerdo. «Deseaban en caso de quebrantar el juramento, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiese confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepintimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos ni otros sacerdotes cristianos.» El valor de la palabra de un hombre puede deducirse de los medios que usa para apoyarla.

Vió el Almirante cuán quebrantado estaba el ánimo de aquellos ilusos y con su acostumbrada magnanimidad accedió á sus súplicas, y perdonó sus ofensas; pero con condicion que el cabecilla Francisco de Porras continuaria preso.

Como era difícil mantener tanta gente á bordo de los buques, y como podían suscitarse riñas entre hombres que tan recientemente habían combatido unos contra otros, puso Colon á los arrependidos compañeros de Porras, á las órdenes de un hombre fiel y discreto; y entregándole una cantidad de artículos europeos para que comprase comestibles de los indios, le mandó que se mantuviese por la isla, hasta el arribo de los esperados buques.

Al fin, despues de mas de un año de esperanzas y desengaños; disiparon las dudas de los españoles dos bajeles que entraron en el puerto. Uno venía alquilado y bien provisto, á expensas del Almirante, por el fiel é infatigable Diego Mendez; el otro le había armado Ovando y puéstolo á las órdenes de Diego de Salcedo, el agente de Colon.

La negligencia de Ovando en socorrer á Colon parece que encendió la indignacion pública de tal modo, que se llegó á censurar su conducta en los pulpitos. Así lo afirma Las-Casas, que estaba á la sazón en Santo Domingo. Si el gobernador había en efecto esperado que durante la dilacion del socorro pereciera Colon en la isla, los informes que trajo Escobar debieron desengañarle completamente. No podía, pues, perder tiempo si deseaba reclamar algun mérito en su rescate, ó evitar la vergüenza de haberle totalmente abandonado. Así, hizo todos sus esfuerzos á la última hora, y mandó una carabela con el bajel que enviaba Diego Mendez. Este, habiendo cumplido fielmente aquella parte, de su mision, y visto partir los bajeles, regresó á España para otros negocios del Almirante.

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

ADMINISTRACION DE OVANDO EN ESPAÑOLA.—OPRESION DE LOS INDIOS. (1503)

ANTES de hablar de la vuelta de Colon á Española, debe hacerse una reseña de algunos de los principales sucesos ocurridos durante la administracion de Ovando. Una turba de aventureros de varias clases llenó su flota. Ansiosos especuladores, visionarios crédulos, y caballeros sin fortuna, esperaban enriquecerse repentinamente en una isla en que se cogía el oro en la superficie de la tierra, ó en los arroyos de las montañas. Apenas habían desembarcado, dice Las-Casas, que iba en la expedicion, cuando todos se di-